**DESENTRAÑAR EL HETEROPATRIARCADO: RASTREAR LA CONFLACIÓN DEL SEXO, EL GÉNERO Y LA ORIENTACIÓN SEXUAL HASTA SUS ORÍGENES**

Francisco Valdes

8 Yale University Journal of Law and Humanities (1996)

https://openyls.law.yale.edu/bitstream/handle/20.500.13051/7687/11\_8YaleJL\_Human161\_1996\_.pdf?sequence=2&isAllowed=y

**Introducción**

Este ensayo rastrea y critica la formalización temprana del sistema sexo/género euroamericano[[1]](#footnote-1). Su objetivo es iluminar la evolución de los prejuicios históricos en el Derecho y la sociedad estadounidense que dominan y desestabilizan las relaciones sexo/género. En ese sentido, este ensayo funciona como una precuela: ofrece los orígenes de una historia que ya ha sido contada, parcialmente, en otro lugar. El relato anterior examinó las formas en que el Derecho y la sociedad modernos co-construyen y asocian entre sí a *personas cuir* y *mariquitas*, así como a *tortilleras* y *machúas*[[2]](#footnote-2).

El análisis, que aquí presentamos, explica cómo y por qué los conceptos de “sexo”, “género” y “orientación sexual” se fusionan históricamente, estratégicamente e ideológicamente. Al estudiar los orígenes del statu quo sexo/género contemporáneo—y su fusión manipulada de sexo, género y orientación sexual—este ensayo documenta el camino que condujo a la unión del androsexismo con el heterosexismo en la cultura euroamericana, y la culminación de esa unión en las ideologías combinadas del heteropatriarcado[[3]](#footnote-3).

Este análisis revela que el sistema sexo/género euroamericano existe porque el heteropatriarcado eurocentrado domina el Derecho y la sociedad de los Estados Unidos. Sin embargo, este sistema no es ni ahistórico ni universal. Ha sido diseñado social y jurídicamente, a lo largo de los siglos, lo cual desmiente cualquier afirmación esencialista que lo describa como “natural”, “normal” o de origen divino—afirmaciones formuladas para preservar y legitimar el statu quo ya consolidado, mediante concepciones ideológicas y estratégicas de naturalidad, normalidad y “moralidad”. Este análisis también confirma que los intereses últeriores en juego, dentro de este sistema jerárquico desde arriba, no son otros que el control del destino mismo—tanto individual como colectivo. Estos objetivos se alcanzan mediante el control sociojurídico de la ideología sexo/género y la regulación de las identidades, afinidades e intimidades socio-sexuales. Este conocimiento histórico y contextual puede contribuir a una transformación de la relación entre el Derecho y la sexualidad. Puede ayudar a cambiar los marcos de análisis actuales y futuros, pasando del uso del Derecho como instrumento de opresión sexo/género a su reinvención como motor de liberación sexo/género.

En particular, este análisis permite identificar elementos comunes entre las estructuras de subordinación impuestas a las mujeres y a las minorías sexuales, así como las diferencias que edifican la relación de parentesco histórico, situacional y aspiracional, entre estas dos comunidades subordinadas y superpuestas. Este registro histórico contribuye así a vincular las críticas feminista y cuir al Derecho y a la sociedad, en colaboraciones mutuamente esclarecedoras y fortalecedoras. En última instancia, este registro ampliado sirve para promover la igualdad y la dignidad sexo/género, tanto para las mujeres como para las minorías sexuales, así como para la sociedad en su conjunto, en coherencia con los compromisos fundamentales hacia la Justicia en condiciones de igualdad.

**Los orígenes del statu quo de sexo/género: ideologías, jerarquías e identidades**

Es un hecho axiomático que la Grecia clásica fue la cuna de la cultura occidental[[4]](#footnote-4). Hacia finales del siglo XX, los eruditos documentaron el papel decisivo de los griegos en la institucionalización del patriarcado, en el mundo occidental[[5]](#footnote-5). Al sintetizar los aportes de esas investigaciones, este ensayo muestra cómo el sistema sexo/género griego—mediatizado por la conquista y el imperialismo romanos—dio origen a las concepciones sexo/género que fundaron los arreglos euroamericanos contemporáneos, basados en la fusión entre sexo, género y orientación sexual.

Al hacerlo, este ensayo simplifica, necesariamente, de manera selectiva. Dado el registro histórico disponible en este momento, el análisis que sigue se centra en los aspectos, relativamente, formales de los arreglos sexo/género griegos y en las poblaciones que fueron, relativamente, privilegiadas por esos mismos arreglos[[6]](#footnote-6). Además, el registro que aquí se describe como “griego” se enfoca de forma aún más específica en Atenas, durante su época clásica. El legado histórico de Atenas es el que está mejor documentado. La cultura ateniense de ese periodo fue la más influyente entre las ciudades-estado de la antigua Grecia[[7]](#footnote-7).

**La conflación de sexo y estatus: La regulación griega de la identidad, el deseo y el género**

En la antigua Grecia, al igual que en las sociedades euroamericanas contemporáneas, la asignación del sexo se basaba en la anatomía genital externa: los griegos, como los euroamericanos actuales, utilizaban el sexo como base de sus arreglos sexo/género, de sus relaciones socio-sexuales y de la organización general de la sociedad. Además, los griegos también utilizaron el sexo para establecer el patriarcado como principio organizador de su ideología sexo/género y de su orden sociopolítico. Así, en términos generales, las concepciones y usos del sexo en Grecia y en el contexto euroamericano eran similares tanto en el plano administrativo como ideológico. Sin embargo, los resultados sociales finales fueron menos semejantes.

Varias antinomias basadas en el sexo organizaron las relaciones socio-sexuales en Grecia, y con ello sexualizaron la regulación social de la vida griega. La primera antinomia fue varón/mujer, que atribuía superioridad al “varón” y que, al desarrollarse a través de las demás antinomias, establecía las líneas de género basadas en el sexo que permeaban y estratificaban las relaciones socio-sexuales griegas. La segunda antinomia fue moderación/exceso, que exaltaba las virtudes asociadas con lo masculino—como el autocontrol y la contención—mientras despreciaba los vicios identificados con lo femenino, como la inestabilidad emocional, la voracidad y la falta de límites desenfrenada. La tercera antinomia fue público/privado, que imponía a los varones actividades “públicas” expansivas y activas, mientras confinaba a las mujeres a deberes sumisos en esferas “privadas” y recluidas. La cuarta antinomia fue honor/deshonra, que regulaba y vigilaba los intereses relacionados con la reputación. Esta antinomia movilizaba privilegios sociales y sanciones, para atraer a los varones hacia el centro de la cultura y empujar a las mujeres hacia sus márgenes, tanto en lo social como en lo sexual. Con ello, esta cuarta antinomia consolidaba las fronteras sexo/género establecidas por las otras, dentro de la regulación griega de las identidades, los deseos y los estatus.

En conjunto, estas antinomias delimitaban el universo aceptable de expresión social y sexual “correcta”, así como las jerarquías asociadas. El “varón” era concebido como social y sexualmente “activo”: el sujeto fuerte, público, autónomo, señor del universo. En contraste, lo “femenino” se construía como “pasivo”: la compañera débil y volátil del varón, a quien este debía manejar y proteger en beneficio de la colectividad. Estas antinomias forjaron así las dicotomías esenciales de la ideología sexo/género griega (y también euroamericana): el paradigma activo/bueno/masculino frente al pasivo/malo/femenino. Los ideales e imperativos entretejidos en estas antinomias socio-sexuales de lo activo y lo pasivo crearon un entramado de honor, vergüenza y sexualidad como mecanismos clave para mantener este paradigma activo/pasivo en funcionamiento y garantizar su aplicación, tanto en contextos micro como en situaciones macro.

El diseño y funcionamiento de estos ideales de lo activo/pasivo proyectaban y consolidaban la dominación masculina en la cultura griega clásica. En consecuencia, la sociedad griega concentraba las prerrogativas socio-sexuales en los varones adultos y ciudadanos de las élites. A su vez, asignaba los roles socio-sexuales pasivos (“femeninos”) a las clases subordinadas de la sociedad—tanto a mujeres como a otras personas. Además de las mujeres en general, en esta categoría sumisa se ubicaban a los sujetos esclavizados, las personas no ciudadanas y los jóvenes, sin importar su sexo. Como resultado, el sistema sexo/género griego instrumentalizó el deseo sexual como un medio central para proyectar poder y superioridad. Logró perpetuar así la configuración cultural de jerarquías sexo/género androsexistas entre varones y mujeres.

Como sistema de castas, la regulación griega de la vida social en general, y de las relaciones sexuales en particular, fue instrumental porque utilizó el sexo, el género y la sexualidad para reforzar las distribuciones de poder basadas en la clase y en el sexo: la aprobación griega de las expresiones del deseo sexual se limitaba a aquellas que reificaban de manera específica las fronteras sociales, económicas y políticas, fundadas en las divisiones androsexistas encapsuladas en las antinomias. El deseo sexual se transformó así en una mercancía utilizada más para la reproducción de la sociedad que para la reproducción de la especie. El sistema griego proto-fusionado, modelado por Atenas, estableció el androsexismo como su ideología dominante de sexo y casta, y lo empleó para hacer cumplir sus mandatos en torno a la identidad, el deseo, la familia y la comunidad.

Un aspecto crucial en el que los arreglos sexo/género griegos diferían de las relaciones socio-sexuales euroamericanas es la estructura de la familia: bajo el sistema griego, la familia no era el grupo íntimo y cohesionado que representa el ideal moderno euroamericano de la familia “compañera” o “nuclear”. El ideal familiar euroamericano gira en torno a una pareja de distinto sexo, basada en la intimidad sexual y en el vínculo afectivo[[8]](#footnote-8). Entre los griegos, sin embargo, las relaciones conyugales entre personas de distinto sexo no constituían el centro ni del amor ni del deseo[[9]](#footnote-9). Demóstenes, por ejemplo, supuestamente comentó que los varones adultos griegos “tienen… *hetairas* (cortesanas) para su placer, concubinas para sus necesidades cotidianas y esposas para darles hijos legítimos y cuidar del hogar”[[10]](#footnote-10). Satisfacer las alegrías, los sueños y los deseos individuales no era el objetivo de esta concepción funcional del matrimonio griego.

Esta concepción y organización de las relaciones familiares era, marcadamente androcéntrica y clasista, ya que subordinaba tanto a las mujeres como a los varones no ciudadanos. No obstante, permitía que las relaciones entre personas del mismo sexo prosperaran. Dada la concepción griega del matrimonio y de sus funciones sociales, las prácticas entre personas del mismo sexo llenaban algunos de los vacíos afectivos y eróticos de la vida familiar griega, especialmente entre los varones de las élites[[11]](#footnote-11). De hecho, el sistema griego de relaciones familiares se apoyaba en una forma de relación extrafamiliar institucionalizada entre personas del mismo sexo—al menos entre varones ciudadanos—que complementaba las funciones sociales de la familia.

**Relaciones homosexuales y el orden social: Sexualidades masculinas, androsexismo y procreación**

La misma combinación dominante de preceptos misóginos y clasistas, que caracterizaba a la cultura griega, también moldeó las actitudes griegas hacia las relaciones entre personas del mismo sexo, y facilitó la intimidad entre varones como una forma viable—aunque intensamente estilizada—de vínculo erótico. Tres reglas, extrapoladas de los principios más amplios que estructuraban el sexo y el género en Grecia, definieron la aceptación social de las relaciones entre varones. Estas tres reglas configuraron y sostuvieron, de hecho, un espacio de interacción socio-sexual entre varones de la clase dominante basado en un modelo de un solo sexo/dos géneros.

La primera regla limitaba la actividad entre personas del mismo sexo a los varones[[12]](#footnote-12). Las relaciones entre mujeres eran consideradas una intensificación de la intemperancia sexual atribuida a lo femenino, lo cual deshonraba a los varones encargados de controlar esas impiedades compulsivas. Entre varones, sin embargo, los vínculos entre personas del mismo sexo permitían a la clase dominante segregar a las mujeres y consolidar su propio estatus como “hombres”—un grupo de poder sexo/género.

La segunda regla exigía que los vínculos entre varones (al igual que todos los demás) expresaran el género sexualmente a través del estatus social relativo de las personas involucradas, determinado principalmente por la intersección entre edad y clase dentro de la pareja. El varón con mayor estatus social asumía un rol sexual de género “activo”, y el otro adquiría un género “pasivo” [[13]](#footnote-13). Las ideologías sexo/género de estatus y poder impactaban así las interacciones entre varones del mismo modo que lo hacían en las relaciones entre personas de distinto sexo. Las “femeninas” estaban ausentes físicamente de esta esfera, pero no simbólicamente. El androsexismo estaba presente incluso en las relaciones entre varones del mismo sexo.

La tercera regla exigía que el vínculo no fuera mercenario y, preferiblemente, que tampoco fuera meramente carnal, de modo que se realizara plenamente el valor instrumental de las relaciones entre personas del mismo sexo, dentro de las élites[[14]](#footnote-14). Para los griegos, de hecho, la sexualidad entre varones era altamente valorada porque estaba impregnada de un propósito social elevado y de una estética cultural refinada: no solo se suponía que las relaciones entre varones debían facilitar la transmisión del poder político y de los valores cívicos, sino que también eran consideradas el escenario físico y espiritual ideal, para la búsqueda del amor, la belleza, la amistad y la camaradería entre quienes habían nacido para gobernar[[15]](#footnote-15). En cambio, las relaciones entre personas de sexo opuesto eran vistas como meramente bio-funcionales—en general, una necesidad básica de la vida humana[[16]](#footnote-16).

En efecto, la interpretación griega de la intimidad no procreativa fue de importancia crítica: esta desvalorización relativa de la procreación contrasta notablemente con el desarrollo posterior de la historia euroamericana, y permitió que la ideología sexo/género griega otorgara valor instrumental tanto a los deseos e intimidades entre personas de sexo opuesto como entre personas del mismo sexo. La intimidad entre varones, por lo tanto, no solo era aceptada en términos generales, sino celebrada activamente, siempre que se practicara con el debido respeto a las normas y sensibilidades sexo/género predominantes, y que sirviera a los intereses y valores de la élite[[17]](#footnote-17). La institución formal de la *paiderastia*—el vínculo oficial y legítimo entre un joven y un mentor “mayor”—coloca en primer plano esta configuración social del género como forma de relación y expresión sexual.

**Edad, clase, género, deseo: la paiderastia “institucionalizada” y el crecimiento de los “hombres”**

El sistema sexo/género griego canalizaba el deseo y la intimidad entre personas del mismo sexo a través de líneas generacionales, como medio para enseñar los valores dominantes de la sociedad a los *paides*, es decir, los jóvenes ciudadanos varones destinados al liderazgo[[18]](#footnote-18). Para ello, los griegos desarrollaron una práctica conocida como *paiderastia*, un modelo transgeneracional de “homosexualidad” institucionalizada[[19]](#footnote-19). En consecuencia, las relaciones entre personas del mismo sexo, generalmente, involucraban a varones ciudadanos cuyas edades oscilaban entre los doce y los dieciocho años[[20]](#footnote-20).

La *paiderastia* se basaba en relaciones sociales asimétricas que asignaban el rol masculino “activo” al participante mayor—presumiblemente más sabio y con mayor riqueza—conocido como *erastés*; el rol femenino “pasivo” quedaba reservado para el participante más joven y/o socialmente inferior, conocido como *erómenos*[[21]](#footnote-21). En otras palabras, el participante más joven adoptaba sexualmente un rol de género cruzado durante el periodo limitado y permitido, para este tipo de unión socio-sexual.

De este modo, la *paiderastia* griega vinculaba las dimensiones sociales y sexuales del género, para institucionalizar y regular el deseo y la intimidad entre personas del mismo sexo, dentro de la clase ciudadana masculina dominante. En la actualidad, las relaciones intergeneracionales que superficialmente recuerdan a la *paiderastia* son objeto de desprecio y criminalización. Sin embargo, en la Grecia clásica, la *paiderastia* colocaba las relaciones entre varones en el núcleo del proceso de aculturación de los jóvenes ciudadanos, para asegurar que la siguiente generación de la clase dominante supiera cómo mantenerse en la cúspide[[22]](#footnote-22).

La institución de la *paiderastia*, al igual que la institución del matrimonio y la familia entre personas de sexo opuesto, no giraba en torno al placer o al deseo individual. Bajo el sistema griego, la *paiderastia* era honorable, precisamente, porque apropiaba y canalizaba los deseos entre personas del mismo sexo, para llenar un vacío importante dentro de la estructura social, política y sexual más amplia, un vacío dejado por el modelo familiar griego de tipo transaccional. La *paiderastia* institucionalizada, al igual que la familia en el contexto entre personas de distinto sexo, organizaba el deseo sexual personal, para ponerlo al servicio de la ideología sexo/género y del sistema de castas dominante en la sociedad.

**Transiciones y consecuencias: El auge de Roma, el cristianismo y el heterosexismo**

En el siglo anterior al nacimiento de Cristo, las culturas griega y romana entraron en contacto de forma más estrecha y frecuente, hasta culminar en la anexión de Grecia al Imperio romano. Sin embargo, aunque Roma conquistó a Grecia, los romanos quedaron cautivados por los griegos[[23]](#footnote-23). Adaptaron las tradiciones griegas a sus propios gustos. La élite romana consideraba que la emulación de las costumbres griegas representaba la cúspide de la civilización.

Esta adoración alcanzó su punto máximo durante el reinado del emperador filogriego Hadriano, cuyas inclinaciones personales y políticas oficiales exaltaban los ideales griegos[[24]](#footnote-24). Durante su gobierno, Roma no solo absorbió, sino que también difundió las influencias sexo/género griegas en las culturas mediterráneas, justo en las décadas clave de transición que precedieron y prepararon el ascenso del cristianismo.

A corto plazo, esta fusión entre la tradición proto-fusionada griega y la dominación romana intensificó los rasgos misóginos y clasistas del sistema griego—pero no sus aspectos homofóbicos[[25]](#footnote-25). A largo plazo, sin embargo, esta combinación creó un entorno sexo/género que impulsó la inminente insurgencia del heterosexismo, especialmente después del ascenso pleno del cristianismo tras su adopción como religión oficial del imperio, siglos más tarde.

Los líderes judeocristianos, al igual que sus contrapartes grecorromanos, continuaron la construcción y la regulación del sexo, el género y la sexualidad, para utilizarlos como herramientas clave para la organización cultural. Sin embargo, introdujeron un nuevo objetivo dominante: la abstinencia[[26]](#footnote-26). Este objetivo, reflejo del ascetismo socio-sexual del cristianismo, reconocía una única excepción posible: la actividad sexual con fines procreativos dentro del matrimonio[[27]](#footnote-27). Con el tiempo, este énfasis en la renuncia sexual, y su tolerancia exclusiva hacia la sexualidad procreativa dentro del matrimonio, revirtió el ideal griego de la intimidad sexual no procreativa: bajo la ideología sexo/género cristiana, la sensualidad no procreativa dejó de ser sublime para convertirse en “pecado”[[28]](#footnote-28). Esta inversión transformó los parámetros de la “personalidad sexual correcta” y de las formas aceptables de interacción dentro del sistema sexo/género dominante, y terminó por fusionar toda forma de sexualidad con la procreación.

Este énfasis cristiano nuevo en el ascetismo y la procreación conservó el androsexismo griego, ya que mantuvo intactas las castas existentes del paradigma griego de lo activo/pasivo y su sesgo androcéntrico. En general, las mujeres seguían siendo consideradas inferiores y subordinadas a los varones, y las relaciones entre mujeres continuaban estrictamente prohibidas[[29]](#footnote-29). Los ideales cristianos nuevos de renuncia o procreación, por tanto, hicieron poco por mejorar la situación social o sexual de las mujeres como grupo.

Sin embargo, esta transformación ideológica desencadenó cambios profundos en otros aspectos y aplicaciones del sexo, el género y la sexualidad. Estos cambios desplazaron progresivamente el statu quo sexo/género hacia una regulación cada vez más dogmática del deseo. Los siglos de cristianismo que siguieron consolidaron el actual statu quo euro-heteropatriarcal[[30]](#footnote-30).

**Notas finales: especialmente para feministas, cuirs y otras personas de sexo/género**

Aunque la magnitud y profundidad de los problemas sexo/género en el contexto euroamericano requerirá una reforma social y jurídica a largo plazo, convendría que quienes elaboran leyes y políticas—y la sociedad en general—apliquen las lecciones que ofrece este registro histórico y comparativo, aunque sea abreviado. Al trazar las capas sucesivas de las ideologías sexo/género, desde el surgimiento del falocentrismo y el androsexismo hasta la invención del heterosexismo, este ensayo subraya cómo las mujeres y las minorías sexuales han sido los blancos específicos de la subordinación, bajo el heteropatriarcado fusionado y su constelación particular de mandatos sexo/género. Una constelación que, hasta el día de hoy, asocia a las *mariquitas* con las personas *cuir* (y a las *machúas* con las *tortilleras*). Debido a que las mujeres y las minorías sexuales—como grupos diversos—se encuentran, especialmente, en desventaja bajo este statu quo fusionado, las lecciones de este registro resultan especialmente importantes para nosotres.

Aunque breve, este recorrido demuestra que la interrogación del género debe implicar una reconsideración crítica de las formas en que el deseo ha sido instrumentalizado al servicio, específicamente, de desigualdades sociales y económicas. Esta reconsideración crítica del deseo es indispensable para la interrogación del género, porque revela cómo el deseo sexual está él mismo generizado con el fin de estratificar la sociedad, privilegiar a unes y subordinar a otres. Como enseña este breve esbozo histórico, las mujeres y las minorías sexuales comparten un interés común en la defensa del deseo sexual y de la intimidad frente a toda regimentación heteropatriarcal—tanto social como jurídica.

The subordination of women to men and of sexual minorities to the sexual majority are not “the same” but they both involve the manipulation of the conflation of sex, gender, and sexual orientation to structure social and sexual relations as systems of caste based on the interplay of those identities under the rule of Euro hetero-patriarchal ideologies and imperatives. This historical account thus suggests a need for more excavation of the sex/gender discontinuities that help to misshape identity and destiny for women, sexual minorities, and sex/gender Others. It therefore falls upon Feminist and Queer legal scholars (and allies and activists) to help galvanize a comprehensive sex/gender transformation that addresses both the androsexism *and* the heterosexism of the law, and that combats their joint operation socially, materially, and politically in the form of *any* hetero-patriarchy anywhere on Earth.

La subordinación de las mujeres frente a los hombres y la subordinación de las minorías sexuales frente a la mayoría sexual no son “lo mismo”, pero ambas implican la manipulación de la fusión entre sexo, género y orientación sexual, para estructurar las relaciones sociales y sexuales como sistemas de castas. Estos sistemas se basan en la interacción de dichas identidades bajo el dominio de ideologías e imperativos euro hetero-patriarcales.

Este recorrido histórico sugiere, por tanto, la necesidad de excavar con mayor profundidad las discontinuidades sexo/género que contribuyen a deformar la identidad y el destino de las mujeres, de las minorías sexuales y de les Otres sexo/género. Por ello, recae sobre los académicos jurídicos feministas y cuir (así como sobre aliades y activistas) la tarea de movilizar una transformación sexo/género integral que confronte tanto el androsexismo como el heterosexismo en el Derecho, y que combata su operación conjunta en los planos social, material y político, en cualquiera de las formas que adopte el heteropatriarcado, en cualquier lugar del mundo.

1. Gayle Rubin acuñó el término *sistema sexo/género* en su artículo *The Traffic in Women: Notes on the “Political Economy” of Sex*, en *Toward an Anthropology of Women*, pp. 157 y 159 (Rayna R. Reiter, ed., 1975). Este término designa los distintos mecanismos mediante los cuales la sociedad regula la sexualidad, el género y la reproducción. *Véase ídem*., pp. 157–210. [↑](#footnote-ref-1)
2. *See* Francisco Valdes, *Queers, Sissies, Dykes, and Tomboys: Deconstructing the Conflation of "Sex," "Gender," and "Sexual Orientation" in Euro-American Law and Culture,* 83 CAL. L.REV. 1 (1995). As with its predecessor, this Essay addresses both the mechanics and the ideology of this conflation. *Véase* Francisco Valdés, *Queers, Sissies, Dykes, and Tomboys: Deconstructing the Conflation of “Sex,” “Gender,” and “Sexual Orientation”* enEuro-American Law and Culture, 83 California Law Review 1 (1995). Al igual que su trabajo anterior, este ensayo aborda tanto los mecanismos como la ideología de dicha fusión. [↑](#footnote-ref-2)
3. En este ensayo, se utiliza el término *androsexismo* para designar el tipo de “sexismo” que favorece a las personas, conceptos y prácticas identificadas con lo “masculino”, mientras que el término *heterosexismo* se emplea para denotar los prejuicios que privilegian las relaciones entre personas de distinto sexo o la “heterosexualidad”. *Heteropatriarcado* refiere a la fusión entre androcentrismo y heterocentrismo que privilegia a los hombres y a la masculinidad tanto en el plano sexual como en el social. *Véase* en general Valdés, *op. cit.*, nota 2. [↑](#footnote-ref-3)
4. *Véase,* por ejemplo,Michael Grant, *The Founders of the Western World: A History of Greece and Rome* 1 (1991) (“Nosotros mismos, nos guste o no, somos herederos de griegos y romanos”). [↑](#footnote-ref-4)
5. *Véase*, por ejemplo*,* Rosalind Coward, *Patriarchal Precedents: Sexuality and Social Relations* (1983); Gerda Lerner, *The Creation of Patriarchy* (1986); Sarah B. Pomeroy*, Goddesses, Whores, Wives and Slaves* (1975). [↑](#footnote-ref-5)
6. En otras palabras, este relato (como evidencian las referencias textuales que siguen) examina cómo las construcciones formales del género y la sexualidad, y sus normas de conducta correspondientes, trataban de estratificar y constreñir las relaciones entre sexo y género. Este examen se centra principalmente, aunque no de forma exclusiva, en la clase elitista de ciudadanos varones que ocupaba la cúspide de la sociedad griega. Esa población proporciona un registro relativamente rico, a partir del cual se pueden establecer comparaciones críticas entre los fenómenos contemporáneos y sus equivalentes más cercanos en la Antigüedad. Por una serie de razones, estas comparaciones son necesariamente imperfectas, pero más útiles que ninguna. [↑](#footnote-ref-6)
7. Atenas, durante la época clásica, sirve de modelo para la mayoría de los análisis de la sexualidad “griega” porque su registro histórico es el más rico. Esta época, que abarca en general desde la repulsa de la invasión persa y la fundación de la confederación ateniense en el 477 a.C. hasta la conclusión de la guerra intestina del Peloponeso en el 404 a.C., fue testigo de la cúspide del poder ateniense, En efecto, Atenas disfrutó de una hegemonía virtual de influencia cultural y política durante esta época. En Grant, *op. cit.*, nota 4, págs. 63-100, se ofrece una visión general de este periodo de la historia griega/ateniense; *véase* tambiénGrant, *The Rise of the Greeks* 1, 34-72 (1987); Michael Ruse, *Homosexuality: A Philosophical Inquiry* 176-82 (1988). A pesar de esta concentración en Atenas, los historiadores han documentado acuerdos entre personas del mismo sexo, similares al modelo ateniense, en toda la península griega y sus alrededores. *Véase*, por ejemplo,Grant, *op. cit.*, nota 4, en 97, 135, 178, 194 (se discuten las sociedades de Esparta, Tebas, la Liga Beocia, Lesbos y Creta).

Además de centrarse en Atenas, los investigadores también se ha enfocado en las relaciones entre varones. Este enfoque parece ser producto del androcentrismo tanto de los antiguos griegos como de los eruditos euroamericanos que han estudiado sus costumbres. *Véase*, por ejemplo,Evelyn Blackwood, *Breaking the Mirror: The Construction of Lesbianism and the Anthropological Discourse on Homosexuality,* 1 en *The Many Faces Of Homosexuality: Anthropological Approaches To Homosexual Behavior* (Evelyn Blackwood ed., 1986) (critica la dependencia histórica de los comportamientos masculinos, para los modelos teóricos de la sexualidad). Una excepción notable a esta regla es Eva Cantarella, *Bisexuality in the Ancient World* (Cormac O'Cuilleanain trans., 1992). Aunque el grueso del estudio de Cantarella se dedica a las relaciones masculinas, señala que su enfoque inicial se centró en “el desarrollo de la condición femenina en la antigüedad clásica”, pero que “las relaciones homosexuales masculinas estaban tan extendidas, tanto en Grecia como en Roma, que necesariamente debieron tener un impacto en la forma en que se amaba a las mujeres”. *Ídem.* en vii. Tras examinar las relaciones masculinas, pasa a las pruebas que han sobrevivido a los siglos sobre las relaciones femeninas. *Ídem.* en 78-93.

Por último, la erudición hasta el momento de escribir estas líneas ha sido, en gran medida, virulentamente heterosexista, al ignorar o revisar, deliberadamente, las referencias a las relaciones entre personas del mismo sexo, en estudios o traducciones de textos antiguos. La publicación histórica de Kenneth J. Dover, *Greek Homosexuality* (1978), rompió con esta tradición. En su prefacio, Dover señalaba que “una combinación de amor por Atenas con odio a la homosexualidad vició el estudio de la homosexualidad griega; y ha seguido haciéndolo”, pero explicaba que él era “afortunado por no experimentar conmoción moral ni repugnancia ante ningún acto genital en absoluto, siempre que sea bienvenido y agradable para todos los participantes (ya sean uno, dos o más de dos)”. *Ídem.* en vii-viii. Rápidamente, después del libro de Dover llegaron otras obras influyentes. *Véase* John Boswell, *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality: Gay People in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to The Fourtee*nth Century (1980); La trilogía de Michel Foucault, *The History of Sexuality, Volume Three: The Care of the Self* (Robert Hurley Trans, 1986); *The History of Sexuality, Volume* *Two: The Use of Pleasure* (Robert Hurley Trans., 1985); *The History of Sexuality, Volume* *One, An Introduction* (Robert Hurley Trans., 1979); *Véase* también Eva Keuls, *The Reign of Phallus: Sexual Politics in Ancient Athens* (1985).

Desde entonces, y especialmente desde finales de la década de 1980, obras menos demagógicas y más expansivas provocaron un renacimiento de la antropología y la historiografía de las relaciones sexuales, entre los antiguos grecorromanos. *Véase Before Sexuality: The Construction of Erotic Experience in the Ancient Greek World* (David M. Halperin Et Al. Eds., 1990); Cantarella, *Supra;* David Cohen, *Law, Sexuality, and Society: The Enforcement of Morals in Classical Athens* (1991); Christine Downing, *Myths and Mysteries of Same Sex Love* (1991); Arthur Evans, *The God of Ecstasy: Sex Roles and the Madness of Dionysos* (1988).; David F. Greenberg, *The Construction of Homosexuality* (1988); David M. Halperin, *One Hundred Years of Homosexuality and Other Essays on Greek Love* (1990); *A History of Private Life from Pagan Rome to Byzantium* (Paul Veyne Ed., 1987); Royston Lambert, *Beloved and God: The Story of Hadrian and Antinous* (1988); John J. Winkler, *The Constraints of Desire: The Anthropology of Sex and Gender in Ancient Greece* (1989). [↑](#footnote-ref-7)
8. Para un debate sobre la evolución de las construcciones de “la familia”, *véase* Lee E. Teitelbaum, *Family History and Family Law,* 1985 WISC. L. REV. 1135. [↑](#footnote-ref-8)
9. Para una visión general de las disposiciones familiares griegas (y romanas), *véase* John Boswell, *Same-Sex Unions in Premodern Europe* 28-52 (1994). [↑](#footnote-ref-9)
10. Reay Tannahill, *Sex in History*, pp. 93, 100 (1992) (citando *In Neaeram*). En esta línea, Evans sostiene que los esposos atenienses solían ser mucho mayores que sus esposas, a quienes desposaban cuando ellas estaban en la adolescencia temprana y ellos en la treintena. Los hombres atenienses, por lo general, pasaban poco tiempo con sus esposas, quienes casi no tenían oportunidad de experimentar ningún tipo de afecto sexual, ni con sus maridos ni con otras mujeres. Evans, *op. Cit.*, nota 7, pp. 55, 85. Así, “la sociedad ateniense trazó una división tajante entre dos tipos de mujer: la esposa legal, mantenida en reclusión dentro de las zonas interiores del hogar con el propósito de engendrar herederos varones legítimos y servir de canal para la transmisión del patrimonio patriarcal; y las compañeras sexuales informales”. *Ídem.* [↑](#footnote-ref-10)
11. “De hecho, parece que una especie de cortejo desplazado, que conduce a una especie de matrimonio desplazado, es el contexto apropiado en el que entender la asimilación del [joven varón en uniones pederásticas formales] a una mujer, tanto en términos de su identidad sexual, como de su papel en el cortejo y, de forma mixta, de su papel social en general”. Cohen, *op. Cit.*, nota 7, en 193. Curiosamente, para elaborar este punto, Cohen remite a los lectores a “un artículo injustamente descuidado” que analiza la “inversión”, una teoría euroamericana de principios de siglo, ideada para explicar la atipicidad de género. Esta referencia subraya las formas en que las concepciones euroamericanas posteriores, relativas al “sexo”, el “género” y la “orientación sexual”, son paralelas a estas primeras disposiciones griegas. Para un análisis más extenso de la teoría de la inversión, *véase* Valdés, *op. Cit.*, nota 2, en 44-55.

Otros comentaristas sugieren que la pederastia institucionalizada sustituyó no al vínculo matrimonial sino a la relación padre-hijo, en una cultura en la que los varones adultos dedicaban la mayor parte de su tiempo y energía a los asuntos “públicos”. “El padre griego normalmente no aconsejaba a su hijo; en su lugar, aconsejaba al hijo de otro hombre, en el que estaba eróticamente interesado. En cuanto al muchacho, que necesitaba un padre eficaz en el que modelarse, tenía que confiar en su *erastes,* que también servía de padre sustituto”. Downing, *op. Cit.*, nota 7, en 144 (se analizan los eruditos que han articulado este punto de vista). Este punto de vista contrarresta así el análisis de Cohen: “Si el impulso primario hubiera sido sustituir una relación heterosexual, corroída por la alienación y la hostilidad, por otra más noble, en la que el sexo pudiera mezclarse con la amistad y la estimulación intelectual, la pareja ideal habría sido la formada por dos hombres de edad, estatus y nivel educativo comparables”. *Ídem.* [↑](#footnote-ref-11)
12. Aunque es probable, si no inevitable, que se produjeran relaciones entre mujeres del mismo sexo, la supresión general de la sexualidad femenina limitó la exposición de las mujeres a los contactos entre personas del mismo sexo. *Véase* Cantarella, *op. Cit.*, nota 7, en 78-93. Por supuesto, el ejemplo más conocido es el “círculo” de mujeres asociadas al grupo educativo, dirigido por Safo, en la isla de Lesbos. *Ídem.*,en 78-82. Curiosamente, el poema de amor griego más antiguo que se conoce fue escrito por la propia Safo. *Ídem.*,en 3; *véase* tambiénEvans, *op. Cit.*, nota 7, en 85, 73 (1988) (habla de los “círculos de renombre” de poesía y educación, que reunían a las mujeres social, intelectual e íntimamente, en la antigüedad). [↑](#footnote-ref-12)
13. En este sentido, la regulación de las relaciones entre personas del mismo sexo reflejaba las mismas preocupaciones que regían la regulación sociosexual en la cultura griega en general. [↑](#footnote-ref-13)
14. Las relaciones entre personas del mismo sexo no podían ser mercenarias, en el sentido de que no podían equivaler a la prostitución de ciudadanos varones; cualquier ciudadano varón al que se descubriera prostituyéndose podía ser privado de sus derechos. El ejemplo más famoso se centra en el juicio de Aiskhines, que fue designado para participar en las negociaciones de paz con Filipo de Macedonia y, posteriormente, fue acusado de traición por Timarkhos. Aiskhines no respondió al fondo de la acusación; más bien, atacó el derecho de Timarkhos a presentar cargos y a hablar ante el pueblo reunido como juez y jurado, citando la ley que prohibía hablar en foros públicos a cualquier hombre que se hubiera prostituido alguna vez. *Véase* Cantarella, *op. Cit.*, nota 7, en 48 (se analiza el caso y la prostitución masculina en general); *véase* tambiénCohen, *op. Cit.*, nota 7, en 175-80 (se analizan las leyes atenienses que regulan el sexo comercializado). Para más información, *véase* en general Evans, *op. Cit.*, nota 7, en 85, 99.

 La prohibición de la prostitución masculina ciudadana se basaba en la creencia de que dicha actividad constituía una grave deshonra. Cohen, *op. Cit.*, nota 7, en 179. Los ciudadanos que se prostituían adoptaban papeles “pasivos”, impropios de varones libres. Además, la prostitución demostraba sumisión a un ansia incontrolada de placer sexual, lo que era incompatible con el autodominio que se suponía que encarnaban los ciudadanos varones. Así pues, la prostitución transformaba simbólicamente a un hombre en mujer. *Ídem*.,en 183. En consecuencia, en la medida en que se toleraba la prostitución masculina, se limitaba a las clases no ciudadanas. Se esperaba que los clientes ciudadanos-hombres de esas prostitutas asumieran papeles “activos” en cualquier interacción de ese tipo. *Véase* Downing, *op. Cit.*, nota 7, en 141.

 La sociedad griega prefería los compromisos “honorables” a largo plazo, a las meras indulgencias “vergonzosas” para satisfacer la lujuria carnal. Incluso, si el varón libre desempeñaba obedientemente papeles sexuales “activos”, adecuados a su posición sociopolítica. Las uniones más célebres eran “ante todo espirituales, intelectuales y educativas por naturaleza, [pero] igualmente, ciertamente**...** eróticas". Cantarella, *op. Cit.*, nota 7, en 22. Los enlaces momentáneos demostraban la misma abdicación del autocontrol que la prostitución o la “pasividad”.

 El muchacho griego sólo perdía su honor si se mostraba impaciente y ansioso, respecto a la elección de su amante. Si cedía al final de un cortejo largo y serio, tras haberse asegurado de que las intenciones de su amante no eran sólo sexuales, la situación era diferente: lejos de ser culpado, el muchacho merecía honor y consideración. *Ídem.* en 19-20: *véase* tambiénCohen, *op. Cit.*, nota 7, en 196. [↑](#footnote-ref-14)
15. “La mayoría de los escritores antiguos -en oposición sorprendente a sus homólogos modernos- albergaban expectativas mayores, en general, sobre la fidelidad y la permanencia de las pasiones homosexuales que de los sentimientos heterosexuales”. Boswell, *op. Cit.*, nota 9, en 74. Platón, en particular, calificaba de “vulgares” los sentimientos y las relaciones entre personas de sexo opuestos, mientras que calificaba de “celestiales” los sentimientos y las relaciones entre personas del mismo sexo, porque estos últimos estaban entrelazados con la amistad, mientras que los primeros eran más bien un deber cívico. *Ídem*.,en 74-76. *Véase* en generalA.W. Price, *Love and Friendship in Plato and Aristotle* 84-89, 229 (1989); Gregory Vlastos, *Platonic Studies* 38-41 (1981). [↑](#footnote-ref-15)
16. “Tanto los matrimonios griegos como los romanos se concebían como cuestiones prácticas, principalmente de hecho, y no como interacciones complejas de derecho, teología y moralidad, como lo serían más tarde en Europa”. Boswell, *op. Cit.*, nota 9, en 46. Las relaciones entre personas de sexos opuestos, y sobre todo las matrimoniales, se consideraban un deber cívico para ayudar a repoblar la comunidad, pero la procreación *per se* no se elevaba por encima de otras formas de instrumentalidad, como el fomento de la amistad; como lo demuestra la exaltación de las relaciones entre personas del mismo sexo. La elevación de la procreación *per se* a una forma elevada, o última, de instrumentalidad acompañó el ascenso de la ideología cristiana del sexo/género e, incluso entonces, la procreación se representaba como una alternativa secundaria a la virginidad o el celibato. Esta elevación de la procreación *per se*, bajo el cristianismo, sirvió a varias necesidades de la entonces minoría cristiana, incluida la necesidad de diferenciarse de la mayoría pagana. Los fines procreativos, además, proporcionaban una justificación para la existencia del deseo que se ajustaba a la ideología cristiana general de renuncia y ascetismo. *Véase* Boswell, *op. Cit.*, nota 7*,* en 112-15. [↑](#footnote-ref-16)
17. Sin embargo, hubo partidarios de la superioridad del sexo cruzado/opuesto que citaban la procreación como *la* razón por la que las relaciones entre sexos eran “naturales” y, por tanto, “mejores”. Aristóteles estaba asociado a esta escuela, aunque con un matiz: su tratamiento de las relaciones entre personas del mismo sexo en *Ética a Nicómaco* postula que “algunas personas, que se dedican a este tipo, lo practican por naturaleza; otros por hábito, como, por ejemplo, los que han sufrido abusos sexuales desde su infancia”. Cantarella, *op. Cit.*, nota 7,en 68. Por “abuso sexual” se refiere a niños y niñas que “se abandonaron a los placeres cuando [eran] aún muy jóvenes [y se volvieron] cada vez más lascivos”. *Ídem.* Así, si era por “hábito”, la práctica se consideraba perversa y debía detenerse; sin embargo, si era por “naturaleza”, la práctica era aceptable porque la anomalía era “natural”. *Véase ídem.* en 65-69. De este modo, Aristóteles sentó las bases para las concepciones euroamericanas de la inversión “congénita” y “adquirida”, siglos más tarde. *Véase* Valdés, *op. Cit.*, nota 2, en 49-50.

Tal vez, los defensores más ardientes de la superioridad del sexo opuesto fueron Aristófanes, que fustigó las uniones entre personas del mismo sexo en sus comedias, y Jenofonte, que escribió una obra modelada y titulada según el *Simposio* de Platón para contrarrestar su defensa de las relaciones entre personas del mismo sexo. *Véase* Cantarella, *op. Cit.*, nota 7, en 45-48 (se analizan las obras de Aristófanes), 63-65 (se analiza el *Simposio* de Jenofonte*); véase* tambiénCohen, *op. Cit.*, nota 7, en 187-92 (se resumen los puntos de vista de los defensores de las relaciones entre personas del mismo sexo y se concluye que, “a pesar de las variaciones en cuanto a los detalles, para aquellos que tomaban la procreación como punto de partida, el patrón ‘natural’ que proporcionaba la norma para la actividad sexual era el apareamiento de macho y hembra”). Como ha observado Cantarella, este punto de vista colapsaba la sexualidad entre sexos en la actividad procreativa, al tiempo que omitía la posibilidad de relaciones entre sexos como expresiones de afecto hacia la mujer, aparte de la “utilidad” reproductiva. Véase en general, *op. Cit.*, nota 7y las fuentes allí citadas. De nuevo, este uso de la procreación para justificar la superioridad del sexo cruzado presagiaba el instrumentalismo de sexo/género del sistema euroamericano. [↑](#footnote-ref-17)
18. Para un debate más completo, *véase* David M. Halperin*, Sex Before Sexuality: Pederasty, Politics and Power in Classical Athens,* 37 en *Hidden from History: Reclaiming the Gay and Lesbian Past* (Martin Baumi Duberman et al. eds, 1985); *véase* tambiénCantarella, *op. Cit.*, nota 7, en 6 (explica que, entre los antiguos griegos, “el amor homosexual siempre desempeñó el papel esencial de instrumento educativo, capaz de transformar al niño en un hombre”); Lambert, *op. Cit.*, nota 7, en 58 (explica que del participante de más edad “se esperaba no sólo que proporcionara a su amado..., un afecto sin reservas, sino que fomentara y supervisara su desarrollo mental y corporal y su formación en la moral, las costumbres y las responsabilidades de la sociedad cívica”). [↑](#footnote-ref-18)
19. Como ya se ha señalado, las construcciones como “orientación sexual”, “homosexual” u “homosexualidad” no estaban presentes en el léxico griego antiguo sobre sexo/género, a pesar de que se practicaba la intimidad entre personas del mismo sexo y a pesar de que otros elementos de sexo/género familiares para las mentes euroamericanas ya existían en aquella época. [↑](#footnote-ref-19)
20. En el esquema griego, el “amante” mayor podía tener cualquier edad por encima de los dieciocho años, mientras que la “amada” más joven tenía generalmente entre doce y dieciocho años. *Véase* Cantarella, *op. Cit.*, nota 7, en 36-42. Antes de los doce años, se consideraba que los jóvenes eran demasiado inmaduros para beneficiarse de la experiencia, y cualquier intento por parte de un adulto de perseguir tal relación se consideraba censurable. *Ídem.* en 40. Más allá de los dieciocho años, las jóvenes, generalmente, cambiaban de rol, con lo que quedaban fuera del grupo de amadas potenciales. *Véase* en generalHalperin, *op. Cit.*, nota 7, en 55-57; Lambert, *op. Cit.*, nota 7, en 78-81; Tannahill, *op. Cit.*, nota 10, en 85-93. [↑](#footnote-ref-20)
21. *Véase* Cantarella, *op. Cit.*, nota 7, en 42 (señala que “entre los doce y los diecisiete o dieciocho años, un varón era un compañero pasivo en una relación que le unía a un adulto”); *véase* tambiénDowning, *op. Cit.*, nota 7, en 138-39 (discute la conducta sexual que se consideraba propia de un “compañero activo” y de un “compañero receptivo” y señala que la distinción “era rígida”). Sin embargo, cuando el joven alcanzaba las edades máximas permitidas para los papeles “pasivos”, se esperaba, encarecidamente, que cambiara sexualmente hacia papeles “activos”, ya fuera con mujeres o con otros varones cuyas edades y clases les hicieran apropiados para papeles “pasivos”, en relaciones entre personas del mismo sexo. *Ídem.* [↑](#footnote-ref-21)
22. En consecuencia, “[l]os hombres atenienses, que perseguían a los muchachos, no buscaban simplemente una gratificación sexual, ya que ... en esta sociedad esclavista la satisfacción sexual barata estaba disponible en cada esquina”. Cohen, *op. Cit.*, nota 7**,** en 194. “Se consideraba que la relación entre *erastes* y *eremenos* tenía una función educativa y moral, que formaba parte de la iniciación del joven en la plena virilidad”. Downing, *op. Cit.*, nota 7**,** en 137-39 (explica que *la paiderastia* era un aspecto de “la formación para la ciudadanía de la juventud aristocrática”). En consecuencia, sólo las relaciones que cumplían esta función -sólo las relaciones instrumentales- eran totalmente propias y nobles. [↑](#footnote-ref-22)
23. *See, e.g.,* CANTARELLA, *supra* note 7, at 97 (quoting Horace as writing that "vanquished Greece vanquished its savage victor"). *Véase,* por ejemplo,Cantarella, *op. Cit.*, nota 7, en 97 (cita a Horacio, quien escribe que “la Grecia vencida venció a su salvaje vencedor”). [↑](#footnote-ref-23)
24. El encaprichamiento del emperador con todo lo griego está minuciosamente documentado en Lambert, *op. Cit.*, nota 7. La biografía de Lambert documenta específicamente la relación de Adriano con un joven griego, Antinoo, según el modelo griego *de paiderastia.* La relación entre ambos terminó abruptamente cuando el cuerpo de Antinoo apareció ahogado en el Nilo, durante una gira imperial por Egipto. Nunca se establecieron las circunstancias de la muerte, aunque esta provocó algunas especulaciones sobre si Antinoo se suicidó porque su edad anunciaba la aparición de vello facial, lo que, según el modelo griego, le habría dejado sin empleo. Para una discusión completa, véase *ídem.* en 128-42. En cualquier caso, tras el fallecimiento de Antinoo, Adriano lo proclamó dios, estableciendo y dotando el culto a Antinoo, que exaltaba la intimidad entre personas del mismo sexo. Con el conspicuo patrocinio del emperador, los adeptos de Antinoo se convirtieron en una prominente secta religiosa durante los años siguientes. La vida personal de Adriano, y sus políticas oficiales, reforzaron y difundieron así el sistema griego de sexo/género por todo el Mediterráneo pagano. *Ídem* en 143-54. El reinado de Adriano no fue un ejemplo aislado de absorción y difusión romanas de las costumbres griegas, incluidas las relaciones entre personas del mismo sexo. [↑](#footnote-ref-24)
25. Para una buena visión comparativa de las sociedades griega y romana, véase Michael Grant, *A Social History of Greece and Rome* (1992). [↑](#footnote-ref-25)
26. Las disposiciones judaicas y cristianas en materia de sexo/género eran similares en algunos aspectos, pero también diferían fundamentalmente en la ideología. *Véase* en generalJames A. Brundage, *Law, Sex, and Christian Society in Medieval Europe 51-76* (1987). Básicamente, las primeras actitudes del cristianismo en materia de sexo/género mezclaban elementos de las tradiciones judía y grecorromana con nuevos imperativos, que a su vez cambiaron con el tiempo. *Ídem.* en 77-123; *véase* tambiénBoswell, *op. Cit.*, nota 9, en 108-217; Boswell, *op. Cit.*, nota 7, en 91-168; Peter Brown, *The Body and Society: Men, Women, and Sexual Renunciation in Early Christianity* 33-338 (1988). [↑](#footnote-ref-26)
27. *Véase* Brundage, *op. Cit.*, nota 26, en 57-76. “El sexo sólo era bueno dentro del matrimonio.... Los cristianos que eran gigantes espirituales podían prescindir del sexo conyugal; la gente más corriente necesitaba consuelo sexual y tenía derecho a buscarlo en el matrimonio”. *Ídem* en 61. [↑](#footnote-ref-27)
28. Para un análisis detallado de las justificaciones cristianas de la opresión sexual, *véase* Boswell, *op. Cit.*, nota 7, en 137-66; *véase* también *Homophobia and The Judeo-Christian Tradition* (Michael L. Stemmeler and J. Michael Clark eds., 1990); *Homosexuality and Religion* (Richard Hasbany ed., 1989); John J. Mcneill, *The Church and the Homosexual* (1985). Para una visión general, *véase* Barrie Ruth Strauss, *The Catholic Church: A Concise History* (1992). [↑](#footnote-ref-28)
29. *Véase* en generalLouis Crompton, *The Myth of Lesbian Impunity: Capital Laws from 1270 to 1791,* 11, 13-15 en *Historical Perspectives on Homosexuality* (Salvatore J. Licata y Robert P. Petersen eds., 1981) (debate sobre la represión de las relaciones femeninas entre personas del mismo sexo, en el cristianismo primitivo); Angela L. Padilla y Jennifer J. Winrich, *Christianity, Feminism and the Law,* 1 COLUM. J. GENDER AND L. 68, 73-81 (1991) (debate sobre la subordinación de la mujer en la Biblia). [↑](#footnote-ref-29)
30. Con la procreación como objetivo oficial y exclusivo de la sexualidad legitimada, lo “correcto” pasó a requerir efectivamente tres elementos fijos: 1) acoplamientos entre sexos (casados), 2) con cada uno de esos acoplamientos limitado a esfuerzos procreativos, y 3) asumir siempre papeles de género basados en el sexo en el dormitorio y el hogar, así como en la comunidad en general. Este orden de sexo/género nuevo injertó así el heterosexismo, impulsado por la procreación, en el androsexismo grecorromano preexistente. Para una revisión crítica de los legados actuales de estas transiciones en la ley y la sociedad estadounidenses, *véase* Valdés, *op. Cit.*, nota 2*.* [↑](#footnote-ref-30)